

cro, y hasta invocó, para ver si lo consolaban de algún modo, las voraces llamas del infierno.

Ningún tipo representa ni puede representar con tal verdad la idealización de la mujer y del amor en la India como este tipo de Urvasia. Observadlo bien, y veréis cómo la pasión de las pasiones penetra en todos los círculos la vida, y cómo una mujer celestial, semihumana y semidivina, impera en todos los dominios de la naturaleza y del espíritu. En la religión índica, junto al dios padre, se halla la diosa madre. La cuna forma en sus dogmas una especie de sacro altar, y la familia compone una trinidad ó triada como la que reina en lo alto de los cielos. No está el amor vedado al infierno indio como al infierno católico. El Satanás de aquella religión ama con exaltadísimo amor y sale de sus antros hondos y de sus llamas voraces para cazar las ninfas celestiales y enredarlas en sus espesas redes. Compitiendo con Iama, un rey de la tierra combate por la posesión de Urvasia, y la consigue. Pero la ninfa celestial, que siente al par de la gratitud amor, como puesta por su naturaleza excepcional sobre todo lo humano y confundida con el cielo, necesita pedir permiso á los dioses para entrar en la familia de los hombres. Los dioses conceden este permiso, ya que las apsaras poseen una doble naturaleza y son, miradas por uno de sus aspectos,

diosas, y por otro de sus aspectos, mujeres, todas ellas mortales é inmortales á un mismo tiempo. Pero el rey ha cobrado tal amor á Urvasia que todo le parece poco en su obsequio y convierte la corte suya en una especie de cielo para merecer aquel su amor divino. La gran festividad con que celebra este suceso compite con cualquiera de las festividades celestiales. Su belicosa corte, donde á la continua blandieran armas los guerreros, se trueca en una corte divina, donde las bayaderas danzan en sus litúrgicos bailes como pudieran danzar los astros en sus luminosas elipses. Aquellas nubes de aromas, que han llegado hasta las narices de los dioses, y aquellas cadencias de himnos que han ensordecido hasta las divinas alturas, conmueven el corazón de los inmortales y les arrastran á desear la felicidad misma que un mortal ha creído, en sus arrebatos de amor, verdaderamente divina. Como se ve por toda esta leyenda maravillosa, la mujer india de los tiempos védicos alcanza una consideración que demuestra cómo la península pendiente del Himalaya, medio circuída por el Océano y regada por esa especie de dos mares interiores denominados Ganges é Indo, es verdaderamente la cuna de los arios que han fundado con su casta monogamia de los tiempos védicos la familia en el mundo.

Pero continuemos la historia de tan célebres



amores. El rey no llegó á suicida, pero sí á penitente. No se despojó de su vida, pero lanzó de sí el mundo y se fué á la soledad, como lanza el ave la corteza del huevo donde se hallaba contenida. Crecidos el cabello y la barba, desnudos los piés, desnudos los brazos, unas cuantas palmas le vestían como al salvaje confundido con la madre naturaleza y pegado, en guisa de vegetal, á la tierra. Su penitencia de tal modo y con tanto imperio domaba los ímpetus de aquella voluntad regia, é impedía los vuelos de aquella inteligencia soberana, que le diríais descendido del mundo animado y superior en que antes brillaba con tan vívido esplendor al mundo frío de los inertes minerales. Cualquiera hubiese creído, cuando se ponía de rodillas bajo los tamarindos que, no solamente toda facultad humana, toda función animal, se había en su cuerpo suspendido al vigor de sus maceraciones y al peso de sus dolores. Abiertos los párpados é inmóviles, fijos y abrigados los ojos, rígida la faz, los brazos alzados por una fuerza de suma tensión al cielo, pegadas las rodillas al polvo, diríase que desde las pulsaciones hasta la respiración, y desde la respiración hasta los latidos del pecho, se habían acabado en aquel cuerpo asaltado por una especie de fría petrificación. Puesto que Urvasia no vivía, su amante desdénaba la propia vida. Puesto que no estaba


Urvasia en el mundo, maldecía su amante al mundo. Y cuidado que había menester fuerza de concentración maravillosísima para encastillarse dentro de sí mismo, en su propio soberbio espíritu, entre la inundación de aquella vida semejante á un diluvio de savias y de aromas. Compréndese la inmovilidad y el silencio en los desiertos arenales, donde no brota una planta ni gorgea un pájaro. Mas entre las ramas de tantos vegetales floridos y fructíferos, sobre un suelo animado por innumerables insectos, junto á los reptiles por doquier deslizándose y corriendo al borde umbroso de lagos que despiden vapores y miasmas, bajo aquella grande sinfonía de voces cuyos acordes llenan los aires enardecidos de colores y de aromas, saltando junto al perro el papagayo, junto al papagayo la cotorra, por los sorgos altísimos, y los cañaverales de azúcar, y los espesos arroces, las zancudas vestidas con sus brillantes plumajes, todo abrasado y encendido como en una llama de vida voraz, abstraerse á tantos espectáculos, huir del reclamo de tales sensaciones, flotar en espíritu sobre tanta vida material, sólo podemos explicarlo por un dominio absoluto de la conciencia sobre la voluntad, y otro dominio absoluto de la voluntad sobre los rebeldes nervios y sobre las imposiciones incontrastables de la compleción fisiológica. Lo cierto es que aquel rey, acos-

tumbrado á los empeños de las guerras, y á las competencias de la corte, y á los trabajos del mando, y á la grande actividad que llevan siempre consigo y en todas partes las altísimas dignidades sociales, recogió su alma dentro de su cuerpo con egoísta recogimiento, y, abstrayéndose por un suicidio de la voluntad y del pensamiento al mundo, se sumergió en el cielo donde se hallaba Urvasia.

Pero Urvasia, una vez en el cielo, no sintió satisfecho su corazón de diosa ni calmados sus infinitos deseos. Perteneciente al cielo por unas facultades de su sér y perteneciente al mundo por otras, así como en la tierra deseaba el amor de un dios, deseaba en el cielo el amor de un rey. Y como desde allí todo lo veía con clarísima visión, el espectáculo de los sacrificios hechos á su amor en aquellos instantes excitábala más y más á suspirar por la tierra y á pedir con grandes instancias el goce de los placeres que aquí había tras de sí dejado. Imposible que las divinidades varias del cielo indio dejaran de conmoverse al llanto de aquellas ninfas. Las apsaras habíanles servido en la obra maravillosa de su creación, dulces y melodiosísimas mensajeras, para dorar los mundos, encender los soles, platar las lunas, cubrir con sus matices el arco iris, aromar las flores y extender melodías sin fin en las auras y brisas. Por consecuencia, las apsaras apa-

recían por su carácter comunicativo como lazos de flores que ligaban el cielo con la tierra y el hombre con la divinidad. Entre todas ellas, la preferida y amada era Urvasia. Por tanto, al verla padecer, compadeciéronse los dioses de su dolor y juzgaron indispensable calmarla. En el mundo, su naturaleza divina le hacía levantar los brazos al cielo en demanda del socorro y del auxilio de los dioses, á cuyo coro pertenecía. Pero una vez colocada en las alturas celestiales, volvía con amor los ojos á la contemplación del suelo, como vuelve la juventud, á pesar de su robustez, y de sus goces, y de su exuberante vida, los ojos también á la pobre y débil infancia. Con las exaltaciones propias de su compleción, Urvasia tuvo por Indra un amor místico en la tierra, y luego en el cielo tuvo un amor exaltado y casi sensual por el rey, con quien había dividido un momento la diadema, después de haber andado en torno del fuego nupcial y bebídose con ansia verdadera el vaso de soma embriagante. No podía, pues, la corte de los dioses tolerar aquella pena de su apsara preferida sin hacer algo por consolarla. Preguntáronle, después de reunidos los dioses, á su gentil apsara, cómo se consolaría, y ella les dijo que sólo de una manera, ó bien convirtiendo al rey en dios, ó bien convirtiéndola en mujer, y sólo en mujer, á ella. Por medio de la penitencia

su amante había subido hasta la divinidad, y por medio del amor había ella bajado hasta la humanidad. Los éxtasis del uno y las sensaciones de la otra, pues, acababan de juntarlos y hacerlos casi de la misma naturaleza. Mientras él, por la meditación y las inspiraciones á esta meditación consiguientes, tomaba complexión divina, ella, por los impulsos y las voluptuosidades múltiples de su enardecida naturaleza, tomaba complexión humana. Y era preciso juntarlos si no querían los dioses inmortales tener una muerta en su armonioso coro. ¿Qué divinidad podía resistir á estas demandas envueltas en suspiros y en lloros? El rey fué divinizado por los dioses, y al seno del Narana subido, feliz con su bella Urvasia una eternidad.



## NATALIKIA

---

El anciano Adgigarta veía blanquear en parte y en parte caerse los cabellos, surcársele de arrugas el rostro, de sombras oscurecérsele poco á poco la vista, y sentía grande necesidad moral de no morir todo entero en su muerte y participar de lo futuro, de los tiempos y edades por venir, como participan los ancianos, con la mediación de su descendencia, la cual, á manera de un luminoso rayo, penetra en las jóvenes generaciones y vence y sojuzga la muerte. Adgigarta podía fácilmente lograr su deseo por tener un hijo llamado Visahagana en quien librar las esperanzas de su corazón y vincular las transmisiones de su vida. Este hijo había crecido en la casa paterna, cooperando á los sacrificios del padre y aprendiendo los signos y los cantares védicos. Pero, hermano mayor y único de jóvenes hermanas, huérfano de madre, necesitaba enlazarse con her-